

Miles de migrantes varados en las playas de Necoclí a la espera de una lancha para llegar al Darién: “Estamos en el infierno”

El País- 3/03/2024

Familias venezolanas, peruanas, haitianas, chinas o afganas aguantan hambre, enfermedades y violencia mientras reúnen el dinero para cruzar la selva y llegar a Panamá, en el único camino terrestre que lleva de Suramérica a Estados Unidos



*Niños migrantes juegan entre las tiendas de campaña en las playas de Necoclí (Colombia), el 29 de febrero de 2024.***CHELO CAMACHO**

Rose Mary y Jean Carlos duermen desde hace dos meses en una carpa a la orilla del mar Caribe colombiano. Sobreviven allí con sus dos hijos mellizos de diez años y su perrita Candy. Son venezolanos. Llegaron a las playas de Necoclí, Antioquia, con la vida empacada en unas pocas maletas. Su primer objetivo —como el de miles de migrantes de distintas nacionalidades que acampan junto a ellos— es coger una lancha que los lleve hasta Capurganá o Acandí, al otro lado del Golfo de Urabá. [Allí les espera la espesa selva del Darién](#). Deben caminar durante tres días hasta alcanzar la frontera con Panamá. Después tienen por delante un camino largo, caro y muy peligroso rumbo a Estados Unidos. Hasta diciembre vivían en Piedecuesta, Santander, cerca de Bucaramanga, a más de 700 kilómetros de distancia de Necoclí. Allí reciclaban, arreglaban apartamentos y cocinaban en cenas privadas y hoteles elegantes. Lo abandonaron todo por “[el sueño americano](#)”.



Rose Mary Marcano lava una olla afuera de su carpa para preparar los cafés que vende en la playa a otros migrantes. **CHELO CAMACHO**

En 2023, más de 457.000 personas cruzaron caminando por esa frontera, según información del Gobierno de Panamá y Human Rights Watch. Casi el doble de las 248.000 que pasaron por allí en 2022. Aunque no hay cálculos exactos de 2024, las autoridades locales del Urabá estiman que **cada día hay un flujo de entre 1.000 y 2.000 migrantes**. Con una agravante: muchos no pueden seguir su camino inmediatamente por dificultades económicas, problemas de seguridad o porque las lanchas no dan abasto. Igual que Rose Mary y Jean Carlos, miles de familias venezolanas, peruanas, ecuatorianas, haitianas, cubanas, chinas o afganas permanecen varadas en Necoclí durante semanas o meses. Aguantan hambre, padecen enfermedades y sufren violencia mientras reúnen el dinero para cruzar la selva.

El Darién, una trampa mortal por cualquier ruta

Los migrantes usan dos vías principalmente para cruzar la selva entre Colombia y Panamá:
La que va de Acandí a Bajo Chiquito y la que va de Capurganá a Canaán Membrillo.





*Tiendas de campaña en las playas de Necoclí.***CHELO CAMACHO**

La semana que pasó fue particularmente difícil en Necoclí. El jueves 22 de febrero, la Policía y la Armada Nacional capturaron a los capitanes de dos lanchas por delitos relacionados con el tráfico de migrantes. Según la Fiscalía, las naves de alta velocidad transportaban de “manera ilegal y en condiciones precarias de seguridad” a 151 migrantes. Las empresas navieras cesaron sus operaciones en protesta. Eso generó un represamiento masivo. Los migrantes siguieron llegando al ritmo usual, pero no podían continuar su camino. **Se sumaron unas 5.000 personas en las playas.** La comida, el agua potable y el espacio de campamento fueron cada vez más limitados. La situación humanitaria se hizo extrema.

En la zona, el lucrativo tráfico de migrantes está controlado por **el Clan del Golfo**, el grupo ilegal más poderoso del país. EL PAÍS habló con al menos 10 personas de Necoclí, de distintas profesiones, y todas coincidieron en que no se movía un dólar, un migrante, ni una lancha sin la autorización de “los dueños del mundo”, como los llamó una de las fuentes. El presidente Gustavo Petro afirmó a *The New York Times* que **el Clan del Golfo gana 30 millones de dólares anuales por el negocio migratorio**. “Este debe ser uno de los negocios que más dinero le representa a la organización, incluso más que la droga”, dijo a EL PAÍS una fuente del municipio que conoce la situación.



*Migrantes caminan por uno de los muelles hacia la lancha que los llevará a selva del Darién para seguir la ruta a Estados Unidos, en Necoclí (Colombia), el 1 de marzo de 2024.***CHELO CAMACHO**

Mientras los ilegales y algunos empresarios locales se enriquecen, los migrantes viven en la miseria. Entre ellos hay tres mujeres trans que, además del dolor de dejar su hogar y la pobreza, han sufrido

discriminación. Las iglesias evangélicas, que a veces les dan comida a los migrantes, las ignoran: “Cuando llegamos a la fila dicen que ya se acabaron los almuerzos”, cuenta una de las tres amigas venezolanas que hacen trenzas en el pelo a otros migrantes para completar el dinero del viaje. “Estamos acá por el sueño americano, por operarnos”, dice.



*Samantha y Shirley, dos mujeres trans venezolanas, trabajan en la playa haciendo trenzas a otros migrantes. Buscan ahorrar para pagar el siguiente paso en su ruta hacia Estados Unidos.***CHELO CAMACHO**

La pareja de migrantes se turna para trabajar todo el día y toda la noche. Venden café, dulces y cigarrillos. Cada peso que ganan, lo ahorran para completar los 990 dólares que deben pagar para asegurar que los cinco lleguen hasta la frontera (son 330 dólares por adulto y 165 por niño). Candy, la perrita, también va a cruzar la selva en una bolsa especial. “Nos faltan 400 dólares”, dice Jean Carlos con ilusión.

La organización Médicos Sin Fronteras ha denunciado esta semana un aumento en los ataques que sufre la población migrante en el paso por el Darién. “En las últimas semanas, los equipos sanitarios han registrado más ataques de extraordinaria violencia y violencia sexual, en un número inédito de asaltos, en lo que se teme que pueda ser un empeoramiento de la situación ya terrible de la ruta por la selva”, afirma en un informe. En solo una semana de febrero, sus equipos médicos atendieron 113 víctimas de agresiones sexuales, incluyendo a nueve menores de edad.